

## Carta abierta de un vasco a D. Telesforo Monzón y Ortiz de Urruela

Muy señor mío:

¡Ay, don Telesforo, don Telesforo! ¡Está usted hecho un chaval! A sus años y terrorista o, por lo menos, cómplice, encubridor y agente de los terroristas: ¡qué envidiable juventud! Yo creía que estas cosas eran propias de chicos jóvenes y, de hecho, jóvenes son todos los componentes de la E.T.A. Pero... ¡a sus años, don Telesforo!

Cuentan que una vez, allá por los años treinta, se paseaba por los pasillos del Congreso un veterano socialista, a quien le presentaron un joven redactor de "El Debate" que hacía información en la Cámara. El año parlamentario le preguntó:

--¿Cuántos años tiene usted?

--Veinte.

--Veinte años y conservador. ¡Qué carrera! --le contestó el político.

Algo así le podríamos decir a usted ahora: setenta años y terrorista. ¡Qué final, don Telesforo!

Todo se debe a que su ejecutoria política la ha vivido usted al revés: de atrás a adelante; de viejo a joven; de conservador a terrorista. Porque, ¿qué más etiquetado y conservador que pretender ingresar en la Real Maestranza de Zaragoza, aspiración que tuvo usted en sus años mozos? Dicen buenas lenguas que la bola negra que le echaron entonces encendió en su interior su odio a España.

Me imagino que por aquellas fechas tuvo usted que enterarse inevitablemente, de la etimología y genealogía del apellido Monzón, aportación imprescindible a un expediente ante la Maestranza. Descubrió usted, a buen seguro, que Monzón es una palabra etimológicamente árabe ("moussi"), que significa "viento favorable" o "viento propicio". De ahí los vientos monzones, que no son otra cosa que unos vientos fertilizantes o fecundos. Aun hoy está vigente en la Arabia Saudita la expresión "moussi", con la acepción de momento oportuno, hora buena. Si se toma usted la molestia de trasladarse allí, comprobará que los árabes, o mejor dicho, los musulmanes en general, esperan el "moussi", el monzón favorable, para iniciar su peregrinación a la Meca y Medina, sus ciudades santas. O sea, que el apellido Monzón, de etimología árabe, es,

a mi juicio, tan digno como el mejor para ingresar en la más exigente y cerrada de las sociedades de caballeros. Para lo que no viene bien, digo yo, es para hacerse separatista vasco.

Y si árabe es su apellido, árabe es también su correspondiente toponímico, porque Monzón se llama un precioso pueblo de la provincia de Huesca, enclavado a las orillas del Cinca, afluente del Segura que no quede duda de su origen, no tiene usted más que comprobar los nombres de los pueblos que rodean a Monzón: Binéfar, Binaced, Albalate, Alcolea, Almacellas, Almenar, etc. etc. Lo que demuestra con evidencia que los árabes colonizaron intensamente esa zona de Huesca y demuestra también, además, que este ser vivo y querido que se llama España está engendrado por la afluencia de muchas sangres de las que la árabe es una más y la vasca otra anterior, aunque ésta no sea la de usted.

Y aquí se me plantea un interrogante: si su apellido es etimológicamente árabe, si es Huesca la cuna de sus ascendientes y si su segundo apellido es Ortiz, ¿me quiere decir, por favor, qué títulos pudo utilizar usted para conseguir el ingreso en el separatismo vasco?

Pero sigamos con su vida, que todavía queda mucha leña por cortar.

Antes vamos a ponernos en situación.

Dos acusaciones, que les obsesionan a ustedes, han sido machaconamente repetidas por los procesados en Burgos, algunos de ellos felizmente indultados por el Caudillo. La primera contra las fuerzas que velan por el orden público en España, particularmente contra la Policía y la Guardia Civil, dependientes ambas del ministro de la Gobernación. La otra contra el régimen, que oprime al pueblo vasco, según ustedes.

De lo primero, del orden público, sabe usted mucho, don Telesforo y sabe usted mucho porque del orden público le encargaron en la Junta de Defensa separatista que se constituyó en San Sebastián, al comenzar la guerra del 36. Por aquel entonces estuvo usted a las órdenes del diputado socialista Miguel de Amilibia. Sin embargo, le quedaba todavía bastante de conservador, porque dimitió usted del cargo aterrado por los crímenes que se co-

metieron. Por esta época murió asesinado, entre otros muchos, aquel vasco ejemplar y preclaro que se llamó don José María de Urquijo e Ybarra.

Pero no queda ahí la cosa. Paso a paso seguía usted rejuveneciendo en afanes políticos. Así, poco después, llega usted a Bilbao, donde José Antonio Aguirre le nombró, precisamente, ministro de la Gobernación y, por lo tanto, responsable del orden público en el Gobierno de Euzkadi. Fijese usted si ahora resulta sarcástico que, buscando la mejor eficacia para su gestión, nombró usted, a su vez, ayudantes suyos, precisamente también, a dos guardias civiles: los coroneles Bengoa y Colina (si eran tan buenos entonces, ¿por qué serán tan malos ahora, don Telesforo?).

Y siendo usted ministro de la Gobernación y responsable, repito, de su orden público, se asaltaron las cárceles bilbaínas, hace ahora treinta y cuatro años, y se asesinó, sin ninguna clase de juicio previo, a doscientas veinticinco personas, entre las que había varios sacerdotes, además de otros muchos y buenos vascos. Pero esta vez ya no dimitió usted, don Telesforo: un paso más hacia el terrorismo.

No quisiera dejar marchar de vacío el otro "slogan" aireado en el juicio de Burgos: los vascos vivimos oprimidos por el régimen español.

Los vascos no estamos oprimidos, don Telesforo. Mal lo podemos estar cuando tenemos, a un centenar de kilómetros de nuestros hogares, unas fronteras abiertas de par en par. Si nos sintiésemos oprimidos, nos largaríamos, como se largan diariamente los cubanos de Cuba y, cuando pueden, los alemanes de Alemania Oriental, aunque siempre tengan que jugarse la vida en un empeño con muy pocas posibilidades de éxito.

Pero voy a concederle algo. Vamos a suponer, por un momento, que los vascos estamos oprimidos por el régimen, que ya es conceder y ya es suponer. Pues bien: se da la paradójica circunstancia de que el régimen español está creado, esencialmente, medularmente, desde su implantación hasta nuestro día, por elementos vascos. Vascos fueron muchas de las per-

sonalidades que colaboraron, activa y eficazmente, en los preparativos del Alzamiento (Goicoechea, Sangroniz, Rodezno, etcetera). El primero y más importante foco de la sublevación contra la República fue el constituido por dos provincias vascas, Navarra y Alava. Vascos fueron también los Tercios de Requetés, que contribuyeron decisivamente al triunfo de Franco ("Montejurra", "Lácar", "Virgen Blanca"...). Examine usted después la amplia lista de nombres que han formado el régimen desde dentro y contemplará un largo desfile de políticos vascos: Lequerica, Iturmendi, Areitza, Artajo, Arburúa, Areso, Letona, Gallarza, Romeo Gorria, Bilbao Eguía... No tiene usted necesidad de participar en más secuestros para derribar el régimen de Franco. Quitele lo que tiene de vasco y verá cómo se desmorona solo.

No quisiera agobiarle, don Telesforo, pero hace unos días se celebró en Bilbao una manifestación de adhesión a Franco y al Ejército. Las convocatorias que publicaron los periódicos del Ayuntamiento, la Diputación, la Hermandad de Alferreces Provisionales y el Instituto de Cultura Hispánica aparecieron firmadas por: Pitar Careaga de Lequerica, Pedro de Aristegui Bengoa, Jorge Olaso y García Ogara e Ignacio Satrustegui y Aznar, de lo que resulta que si los vascos estamos oprimidos quienes de verdad nos oprimen son tan vascos como nosotros mismos.

Verá usted, don Telesforo, que no he querido escribir en esta carta ni uno solo de los muchos adjetivos que me inspira su actuación en el lamentable secuestro del cónsul Beihl. Aunque el papel aguanta todo, prefiero que se los imagine usted. Pero póngase en lo peor.

Para terminar, me gustaría comparar su conducta con la de ese otro vasco, digno y respetable correligionario suyo, pero que siempre ha permanecido ostensiblemente al margen del terrorismo, lo que supone una tácita condena del mismo. No comparto su ideas, pero me permito aprovechar esta oportunidad para felicitarle cordialmente por su noble actitud. Vive en París, se llama don José María Leizaola y es presidente del Gobierno vasco en el exilio.

Atentamente,

FELIPE AGUIRREZABALA